

LA CUEVA DE MONTESINOS

Enrique González Rojo Arthur

2016

A Don Fernando del Paso

No cualquier hijo de vecino
puede fraguar un conjuro,
un compendio de milagros,
un estado inverosímil
que triunfe a las vencidas o en los torneos
con lo imposible,
y que las leyes naturales, asombradas,
se oculten en el más lóbrego de los rincones
a llorar su impotencia.
No cualquiera.

A los aprendices de brujo
les es dable desencadenar
desórdenes nunca vistos, descabellados,
juguetes sin pies ni cabeza
que les pisan los talones a lo portentoso
y esparcen azúcar sobre lo increíble

para volverlo tolerable,
desórdenes capaces de hacer que las escobas,
al ritmo trepidante de un *scherzo*,
se reproduzcan y reproduzcan hasta producir
el más grande escuadrón de limpieza
para acabar con la basura del mundo.
Desórdenes nunca vistos.

Pero sus acciones, sus ademanes sin freno,
se suelen salir de control,
irse por la libre,
hasta caer de bruces
en el laberinto de los laberintos
o en el caos de nunca acabar.

Para forjar conjuros y encantamientos
de buena factura,
como Dios manda,

hay que ser de plano un demonio
o, por lo menos, tener cierto parentesco
o aire de familia
con su persona.

Merlín, a lo que se dice,
no era un familiar lejano
de Lucifer,
sino uno de sus innumerables hijos
incuestionablemente natural.

Afirmase que como era vástago
de un demonio y una monja
tenía una axila olorosa a incienso
y otra con olor a azufre.

Y eso explica que el mal y el bien,
sobre un tálamo erotizado
hasta sus cuatro puntos cardinales,
y blandiendo la esgrima de sus excitaciones,
se interpenetraran una vez y otra vez y produjesen,

con los encantamientos de Merlín,
la presencia lujuriosa
de la ambigüedad.

Dejaron Don Quijote y su escudero
muy a sus espaldas,
a la cola pendular de sus monturas,
y apenas en el pasado,
las imprevistas bodas de Basilio y de Quiteria
y al poderoso Camacho
con el corazón en ruinas,
y hasta con la idea de irse por los caminos de Dios
a ejercer la carrera de pordiosero
aunque sólo por un instante,
uno tan sólo,
ya que las cicatrices del olvido,

como los santos óleos del momento que muere,
no se hicieron esperar.

Ambos llegaron, junto con el “primo”,
un preclaro escritor de extravagancias
y saberes perfectamente inútiles,
al lugar en que se abrían las fauces hambrientas,
muertas de hambre,
de la cueva de Montesinos.

Don Quijote se aproxima a la boca
de la gruta, escondida por un matorral
de hierbajos, zarzas,

“cambronerías, cabrahígos”

y un sin fin de misterios sin solución
de continuidad.

Con la temeridad entre ceja y ceja,
yergue su lanza

y toma con apremio su escudo
-lo que pone a temblar hasta las estrellas-
no vaya a ser que un jayán formado de hojas
y flores marchitas esparcidas en la tierra
lo aguarde a la entrada del subsuelo.

Al dar Don Quijote golpes a diestra y siniestra,
hace que se levante y que lo cubra
un tropel de halcones, grajos
y toda suerte de aves de rapiña
y de pésimo agüero.

Sancho, al llegar a este punto,
soltó la lengua para advertir:
“Mire vuesa merced ***´no se quiera
sepultar en vida´***,
como si el suicidio
-que es a lo que asemeja su propósito-

abarcase no sólo la muerte sino el entierro
de uno mismo,
por propia mano;
no quiera hacerlo y parezca
uno de los frascos -que se ponen
a enfriar en un pozo-
que guarda un puño
del álgido fanatismo del invierno.
Vuesa merced, señor mío,
no es escudriñador de mazmorras
ni galeno en busca de cadáveres ateridos
por el aliento de las parcas
ni está, en fin, destinado como naturalista,
a seguir la **derrota** de los gusanos”.

Con rapidez y firmeza Don Quijote lo atajó:

**“Ata y calla, Sancho,
que una empresa como aquesta**

para mí estaba guardada”.

Y añadió: “apacienta entre tus dedos
la soga que adquirimos
y que, comprendiendo casi cien brazas,
fueron pedidas por ti al mercader
como *’cuerda para una docena de ahorcados’* ;
no metas tu cuchara en sopa de otro
o en la que se halla en el lado vecino
de la mesa”.

Sancho Panza y el “primo del licenciado”
se aprestan a bajar a Don Quijote
a las entrañas del inframundo
-donde lo sobrenatural
convive con los gusanos-,
como era el ansia a todo volumen
del infatigable buscador de aventuras,
brazo fuerte de la justicia

y “desfacedor profesional de entuertos”.

Don Quijote recibió en el bautismo
la humilde nominación
de Alonso Quijano o Quijada o Quesada.
Y aquí, por lo que diré más adelante,
me surge la reflexión
de que las pilas de agua bendita
están llenas de miles y miles de peces
que aunque tropiezan unos con otros
no se funden ni confunden,
como lo hacen las gotas,
sus cómplices y amigas.
Peces estos (los posibles nombres
de bebés sin bautizar),
que esbozan con su nado
la rúbrica en ciernes de su nominación
y se hallan a la espera del día

en que el cura, con su red
-benigna con el agua, severa con los peces-
pesque el nombre de cada uno,
su “soy Mengano o Perengano
hasta el día de mi muerte”
y le confiera a la grey de católicos,
apostólicos y romanos
su santo y seña,
la voz inconfundible de su mismidad.

Su nombre era común y tan corriente
como el arroyo de su pueblo,
aunque después los libros de caballerías
enturbiaron las aguas de su pila bautismal
y, extrayendo de ella un pez
de exóticas galanuras y comportamientos
que tenía algo muy escondido
de pez espada,

le endilgaron a nuestro hombre una designación
asociada,
confundida
o pegada con engrudo
a los Palmerín de Inglaterra,
Pentapolín del arremangado brazo,
los doce Pares de Francia,
Ruy Díaz de Vivar, el Cid campeador
o, de modo especial, Amadís de Gaula.

Siendo lo que sea
¿cómo no le iba a rogar al Señor,
con sus devotas preces de rodillas,
con golpes de pecho que llamaban
a las puertas celestiales
y con una fe religiosa en el poder y vigor
de su brazo,
que viniese en su ayuda y le brindase

el “*buen suceso*”, el desenlace feliz
en aquella tan peligrosa como nueva aventura
“*guardada para él*”?

El aguerrido corazón de Don Quijote,
atrincherado en la tetilla izquierda,
no era sólo la válvula corporal
que sirve de basamento a las respiraciones
para que puedan, día y noche,
proseguir tarareando su cántico a la existencia,
no sólo era el medidor del brío
del caballero,
ni el tic tac de sus palpitaciones
fungía como el granado latir
del verbo en infinitivo de su imprescindible
presencia en este mundo,
sino que era un girasol, sí, tal, un girasol
que, teniendo un astro rey, reina más bien,

ignorante de la geometría
y de los números pitagóricos
que son el almacén del universo,
no giraba de oriente a poniente,
sino que movíase siguiendo las rutas misteriosas
de su adorada Dulcinea
que tenía la virtud de transformar en cielo
todo lo que salía a su paso.

No es una cosa del otro mundo, entonces,
que el caballero,
antes de emprender tan osada
cuanto peligrosa aventura
-porque ***“voy a despeñarme,
a empozarme y a hundirme
en un abismo”***-, como decía,
amén de encomendarse a Dios en tan peligroso suceso,
le demandara a su Dulcinea

que no le retirase
en estos difíciles momentos
su favor y amparo.

Sancho Panza,
sintiéndose orgulloso y al mismo tiempo
con un puñito de envidia,
como la coruscante naturaleza
cuando aparece el sol
y como el charco en vecindad con la laguna,
en mirándolo descender, dijo:
***“Allá vas, valentón del mundo,
corazón de acero, brazos de bronce”.***

Con una soga lo bajaron
como una marioneta,
hacia un público de sombras
anhelante, impaciente,

que a lo que se dice esperaba desde siglos
su aparición.

Lo bajaron al encuentro del desconocido
y portentoso lance de la cueva,
mientras los dedos diligentes de Panza
y los del prosista del *Ovidio español*,
“primo del licenciado”,
sustituían, con ínfulas de *fatum*,
el libre arbitrio de su señor
y dieron en manejar por un instante los hilos de su vida
desde la superficie.

Lo deslizaron poco a poco
a las entrañas del misterio,
a la tierra sin roturar del arcano,
a la amenaza de las estalactitas y las estalagmitas
del caliginoso endriago
que seguramente se agazapaba
en la gruta.

Hacia los doce o catorce estados de profundidad
y a la derecha
-como si el agujero por donde había descendido
echara carnes
y abandonase sus estrecheces-
llegó nuestro caballero a un primer fondo de la gruta,
donde se abre un grande hueco
cual si fuese un bostezo congelado
de la caverna
y se hace una concavidad
donde podría caber
“un gran carro con sus mulas”,
la alcoba de una familia de titanes
o un sitio ideal
para que el espacio pudiera hacer
sus ejercicios mañaneros.

Por aquella concavidad
caminó Don Quijote *“a oscuras”*
y decidió, cansado y mohíno como estaba,
descansar un poco.

La soga,
flácidos los músculos,
dejó la tensión del esfuerzo
y cayó, desfallecida, en un bulto de cuerdas
acostadas en su propia fatiga:
diríase una serpiente que,
al caer, se muerde la cola para conciliar el sueño
y se enrosca en su propio infinito.

El caballero de la triste figura
se sienta por un momento en la improvisada
“rosca o rimeró” de cuerdas
y se pone a meditar:
a escarbar en la cueva de su mente
donde,

después de espantar el turbión de murciélagos
que también salen a su encuentro en su espíritu,
se entrega a la cogitación meditativa
sobre aquello con lo que se topará en la famosa
gruta,
supuesta matriz del Guadiana,
lugar donde el arcano y el enigma
dialogan eternamente.

Como la meditación es el más perfecto somnífero
del que se tenga noticia,

Don Quijote púsose a dormir
a pierna suelta, sin escuchar más voces
que las monótonas de Morfeo.

Para dormir prefería
la meditación o el andar por la sierra morena
de su materia gris,
a contar borregos que brincan una valla

en el número suficiente
para adelgazar conciencias,
ya que, de común, pasábale
que al ir por la lana del sueño,
salía trasquilado:
la recua de cuadrúpedos
con que soñaba echarse un pisto,
tornábasele tal vez
-o por los tejes y manejes de Frestón-
en un ejército que,
en amenazante carrera de obstáculos,
dejaba su cacumen
malferido de insufribles insomnios”.

Estaba Don Quijote dando voces ríspidas,
cavernosas,
de que le diesen cuerda,
que quería volver arriba,

hallarse codo con codo con la realidad,

para narrar lo que sus pupilas,

sus oídos

y su admiración desorbitada

vislumbraron o,

para decirlo con la honradez en la frente

y la azul negra disposición en la tinta,

narrar lo que

durante tres días con sus noches,

había vivido.

Y ellos se la daban como un chorro

lento de cuerdas

Y en el instante en que las voces se perdían,

fueron del parecer de subir a Don Quijote

hasta ponerlo con los pies y también con la mente

en la tierra.

Al término de treinta minutos

volvieron a recoger la soga

con facilidad y sin peso,
lo que los llevó a suponer
que Don Quijote se quedaba
en los amenazantes entresijos del inframundo.

Sancho,
creyendo perdido a su señor
devorado por las entrañas
de una de las sucursales del infierno,
sin soltar su amenazada línea de la vida,
se abrazó a su borrico,
que se hallaba junto a él
-dando cuenta de un rebelde hierbajo
que entre pedruscos se defendía-
y, desconsoladamente,
llenó de lágrimas el lomo
de su camarada,
y todo ello sin dejar de tirar de la soga

con mucha *priosa* por desengañarse...

Finalmente, sacando de la mina

el invaluable tesoro de su señor,

divisaron por fin, distintamente, a Don Quijote,

a quien dijo Sancho:

“Bienvenida sea *vuesa* merced

que ya dábamosle por perdido,

con la asfixia en las narices,

con su humanidad como angulosa mortaja

de un pulmón acurrucado en el primer recuerdo

de su último suspiro”.

El Quijote nada decía.

Y afuera ya de la gruta

lo vieron entregado al sueño

como un bendito,

poniéndole quizás en sus alucinaciones

las bridas a un pegaso

o dándole de comer polvo de estrellas
a un unicornio.

Tendiéronle en el suelo,
y no le era dable despertar.
Como seguía sin mover los labios,
pensaron lo peor viéndole dormido como un leño,
a pierna suelta,
como lirón fatigado,
con el Rocinante de su fantasía
cargado con los mil y un portentos
de ¿lo visto?,
¿lo soñado?,
¿lo procedente de una inventiva
que deja a la verdad
sin vela en el entierro?
Lo ignoro.

No le era dable volver en sí
por un sueño que, minúsculo vestigio,
devoraba sin cesar sus despertares
y era tan profundo,
tanto,
que casi la cesación de ser
era su almohada.

Pero, hacia las cuatro de la tarde,
cuando el bastón del celeste mayordomo
estaba por anunciar
el arribo de la estrella vespertina,
tanto lo revolvieron y revolvieron
que volvió en sí,
como si del más profundo sueño del mundo
despertara.

Despertó con cierta molestia,
mordiéndose los ojos para que el sueño

no se le escapase

ya que, como dijo: *“me habéis quitado
de la más sabrosa y agradable vida y vista
que ningún humano ha visto ni pasado”*.

El caballero, tornado a la vigilia

y viendo, temeroso,

a izquierda y a derecha,

habló y habló de lo que había visto

en la cueva.

Todo lo que colmó enseguida

el magín de Don Quijote,

insistiré,

¿fue el mundo extravagante

que desplegase en su cacumen

la juguetería fantástica

de su delirio?

¿Todo ocurrió en el retablo

de Maese Sueño?
O ¿fue obra, sí, de la vigilia,
pero de una vigilia
donde la realidad va por un lado
y la cabeza del caballero por otro?
¿Lo amasado en su *cerbelo*
surgió tras hincar el gusto
en el fruto prohibido “de las extravagancias”
cuando fue, en los ayeres,
allá en Argamasilla de Alba,
Alonso Quijano el bueno
quien, ay, se sumergiera en los libros
de los amadices, esplandianes, galaores?
O, ¿acaso fue tan sólo una mentira
que, venciendo a la verdad
y atándola fuertemente a su mutismo,
inventó esta historia de la cueva,
con puntos y señales,

para que los escépticos, Sancho incluido,
dejaran a la duda hablando sola?

Don Quijote, despabilándose un tanto,
expresó: “después de un breve sueño
que se me arremolinó en las pestañas,
volví, adentro del socavón, a mis cabales,
al quíntuple balar de mis sentidos.

Y fue en ese momento que advertí,
en el mejor estado de ánimo de la naturaleza,
un prado,
un jardín en que las flores competían
con las metáforas de los juglares
y los frutos con las mejores carantoñas
de las mujeres enamoradas.

Yo no daba crédito a mis ojos,
y, por un instante,
tuve muy mala opinión de mis pupilas

y las acusé de estar bajo el yugo
de una imaginación andante.
En medio de ese vergel,
erguía un palacio de cristal,
transparente,
verdadera protesta contra el pétreo pudor
y la soledad cuadriculada
de los muros.
En ese momento apareció,
en persona,
saliendo del alcázar,
el alcaide perpetuo de la cueva,
un hombre entrado en siglos
con una larguísima barba
cual infatigable péndulo
que, al silente tic tac de su oscilación,
daba cuenta de la infinitud sepulta en este sitio
o, al menos, una multitud de años

rebanada del tiempo.

Con una toga que caía hasta los pies,
e imprimiendo un rastro -como el que deja

la culebra del destino

o el deambular del presente-,

los ires y venires del alcaide

por las laderas del encantamiento

develaban su inquietud.

Traía sobre las espaldas

una beca de estudiante

porque le era dado conocer

la **o** de lo infinito por lo redondo”.

Tras elegante reverencia,

puso Montesinos en las manos de Don Quijote

el salvoconducto de la bienvenida,

la dorada llave para abrir

el paréntesis de la existencia del caballero

(de “tres días”-como dijese Don Quijote-
o sólo de “media hora” -al decir de Sancho)
en este célebre inframundo.

El caballero aclaró:

“Montesinos acercóse desarmado
(era más bien de armas dejar),
traía sólo entre los dedos
un rosario de cuentas como nueces,
con una, tras de diez, como huevo pequeño
de avestruz:
eran huevecillos de plegarias,
caballeriza de minúsculos pegasos,
nidos para estrellas errantes,
abalorios que ensarta la sierpe de la fe
que se muerde la cola
para saborear el infinito”.

Según Don Quijote

el anciano habló:

“Ha luengos años,

señor mío,

que los habitantes de este encantamiento

vivimos a la espera

de vuesa merced

para que dé noticias al universo mundo,

con el trompeteo de sus acciones,

de lo que aquí se oculta,

y ello pueda servir para hallar

el antídoto, el revés de la trama,

del incógnito veneno que nos tiene alucinados”.

El propio alcaide se ofreció

como el Virgilio o el cicerone

para transitar por todos y cada uno

de los círculos (más bien tibios) que forman

la asombrosa y singular arquitectura
de esta *ciudad doliente* y embrujada
por no sé qué artilugios brujeriles.

En el salón de alabastro
había un gran sepulcro marmóreo
hecho con especial maestría,
esculpido con un cincel
que, tras limpiar el mármol
de los harapos de fealdad informe
de sus esquirlas,
desnudó la belleza a los pies del arrobo.
El caballero tendido en este catafalco
no era ***“ni de bronce, ni de mármol ni de jaspe”***
sino de carne y hueso
y el pedazo de pescuezo requerido
para una voz que llegaba de ultratumba.
El túmulo contenía el cadáver de Durandarte,

amigo de Roldán y par de Francia,
con la derecha mano recubriendo
el hueco sin latidos de su tórax,
que seguía trote que trote por el camino
de un amor inmarcesible
sin el cadalso de la expiración.

Durandarte en veces se quejaba
como si aún viviera.

¿Un cadáver hablando?

¿Cómo es posible?

¿Qué detuvo de golpe la pudrición?

No es que se halle desvelado el devenir,
ni es hechura de la divinidad
que poco o nada añadiría a las Obras completas,
con varios volúmenes de fe de erratas,
de su perfección.

Fue más bien obra de Merlín
a quien Don Quijote de la Mancha,
o séase Cide Hamete Benengeli,
o séase Miguel de Cervantes Saavedra
consideraban francés,
cuando pertenecía, como dicen los que saben,
al muy británico ciclo
del rey Arturo.

Las razones de los encantamientos de Merlín
al fenecido Durandarte
con voces de bajo profundo
y resonancias de ultratumba,
se quedan sin embargo en el tintero
de las suposiciones
o en el garrapato azul
de la ignorancia.

Al ver Montesinos que el huésped

se hallaba sorprendido,
recorriendo todos los litorales del estupor,
dijo que los moradores de esta cueva
estaban encantados por Merlín
vaya usted a saber por qué.

El caballero no se resistió a preguntar:

“¿Cómo Durandarte, sin vida,
quéjase y **fabla** cual si estuviera vivo,
cual si la muerte se hubiese olvidado
de su lengua?

Los muertos no tienen más voz
que la de su epitafio,
que dice del apelativo,
del lugar y la fecha donde los ojos, al abrirse,
rescatan al mundo de la sombra,
y tal vez de las acciones y virtudes
que sostenía en sus hombros el sujeto;

pero estos decires son letra muerta,
se **fallan** también mudos,
son vocablos que habrán de ser comidos
por las larvas que giran en el aire”.

Se dice que a la hora postrera,
“cuando el alma está en los dientes”
el cuerpo es incapaz de retener
el espíritu;
pero en Durandarte, **malferido**,
el alma tuvo mucha desidia en el desligamiento
y el cuerpo gran resistencia
en perder su tesoro,
y así estaban las cosas, así,
al llegar el juego aterrador
de los encantados.

Por eso Durandarte sobre el ataúd

era un muerto en quien el último suspiro
de la vida transformóse
en parálisis de aire, ave fénix,
idea fija pulmonar.

Durandarte de repente mudó
sus últimos alientos
en insólito romance octosilábico
donde pedía a su primo que,
si muriera al luchar
y, en parálisis sin fin,
ya no le fuese posible
dar el más pequeño paso,
entregase su corazón a Belerma.

Dijo ***Don Quijote***: “La respuesta de Montesinos
fue realizar lo que le ordenara Durandarte:
extraer su corazón.

Tal hizo. Y al limpiarlo
con un *“pañizuelo de puntas”*
no sólo amordazó la hemorragia
que proseguía tercamente su denuncia
de los horrores de la guerra,
sino que,
tras de regarle un puño de sal
para que se conservase
y no ofendiese la susceptibilidad de los olfatos,
conducirlo a su destino”.

El correo o la posta se creó
para conspirar contra las distancias,
volverlas polvo,
producir males, fracturas, morbos
en las lejanías
hasta que, ultimadas,
víctimas de padecimientos terminales,

permitan florecer la vecindad
y el espacio compartido.

El alcaide fue, antes del encantamiento,
posta del corazón amojamado
de Durandarte: lo llevó de Roncesvalles a París,
del ahuecado pecho o la “chiquita llaga” de su primo
a las manos de Belerma,
que tampoco había sufrido ningún encantamiento
y quien, con la muerte de su amado,
pudo poseer al fin
lo que al señor Durandarte,
en viviendo, le fue imposible entregar,
ya que, al decir del viejo romance,
“el que muerto se lo envía
vivo no se lo negara”.

Don Quijote le pregunta a Durandarte
si la historia -con devaneos de leyenda-
de que, al caer “al pie de una verde haya”,

en brazos de Montesinos,
como en el tibio lecho de la amistad,
él, poco antes de fallecer, demandóle
que le arrancase el corazón con una daga
y lo condujese a su señora Belerma.

Durandarte dice que sí,
que todo ocurrió
de esa misma manera,
menos lo de la daga
porque fue con un puñal,
ya que él vivió en carne propia
la acción del punzante instrumento.

El problema de si la extracción
fue hecha por una daga
o por un puñal
carece en cierto modo de relevancia;
pero nos lleva a presumir

que si para horadar profundamente un tronco
no basta el frenesí de un pájaro carpintero,
sino el inusitado impulso de un tucán,
y que probablemente la cirugía
de un corazón prisionero
y enormemente pesado, como corresponde
a un titán de mil lances y aventuras,
no fue una daga enflaquecida
hecha con aleación de cobre y timidez,
sino de un puñal musculoso y con una punta
de carnívora agudeza.

El problema carece de relevancia.

Por eso Durandarte,
en verso octosilábico sin tacha,
dice que, en el momento de su muerte,
pudo rogar a Montesinos,

***“que llevéis mi corazón
a donde Belerma estaba***

***sacándomele del pecho
ya con puñal, ya con daga”.***

No fue una daga, no,
sino un puñal que,
bisturí en manos de Montesinos,
extrajo del cadáver
no un órgano superfluo,
un ojo,
una cadera,
una mano fallecida en su último ademán,
una lengua que, inane, se sintiese
como pez en el agua
en el silencio
o como cualquier otro accidente
extraído del cuerpo malhadado,
sino la esencia misma

de Durandarte
que, en manos ya del galeno,
montaba todavía los postreros trotecillos
de sus palpitaciones.

Montesinos hace notar que,
para cumplir tan capital requerimiento
llevó el ser-mismo de Durandarte a París
y lo puso en manos de Belerma,
que lo acogió como el nido
a su polluelo.

“El conjuro colectivo es de ‘ha muchos años’,
500 por lo menos,
siglos y más siglos de este manicomio subterráneo,
borrado de nuestra huérfana memoria”
informa el alcaide de la cueva
a Don Quijote.

Ante esto, yo,
me quedé pensando
que hay de encantamientos a encantamientos.
Algunos pueden durar lo que dura
el rápido de las 7.30 de lo efímero
o el instante que le pisa los talones a la urgencia.
Son encantamientos al menudeo,
a cuentagotas,
cual luces de Bengala que,
ofreciendo brevísimas constelaciones,
nos ponen por un segundo
las estrellas a la mano.

Otros son encantamientos añejos,
se caen de vetustos,
tienen canas ya muy envejecidas,
ocultan su sortilegio de tan sabidos,
pierden su novedad en las aguas fangosas

del pleonasma,
y unos más, como el actual,
prisionero en esta cueva,
duran tantos años que, se diría,
tienen el infinito
como la calzada real de su andares.

Toda una grey se haya aquí embrujada:
hombres, mujeres, niños,
alcázares, jardines, lagos
y, tristeando su desdicha,
anónimas orugas.

Es un “cielo” subsumido,
con sus nubes, su sol y sus estrellas,
y con la constelación subterránea
de las grandes figuras de la caballería andante:
padecen aquí, en los litorales
de idéntico conjuro,

Montesinos,
la amada de Durandarte,
éste y su escudero Guadiana,
la señora Ruidera,
sus siete hijas y dos sobrinas,
vueltas hoy en un río y muchos lagos,
multitud de señoras y mujeres rústicas,
lady Ginebra y su ama
Quintañona.

Y reflexiono entonces que,
así como algunos riachuelos
poseen tras de sí,
en la cuna primera de su génesis,
caricias malhadadas del sol sobre la nieve
-que, al derretirse,
huye de su infeliz origen-,
Guadiana, Ruidera y sus parientes

ya convertidas
en múltiples vivencias de lo líquido,
tenían a sus espaldas los ideogramas de aire
de los ademanes perversos de Merlín,
perito en metamorfosis
y en enmendarle la plana
a los originales diseños
de la naturaleza.

Desde que hace por lo menos 500 años
en este manicomio de inframundo
a múltiples personas
se les había ceñido la camisa de fuerza
del encantamiento,
a ellas no les quedó más camino
que abrirles las puertas del alma
al animal domesticado
de su resignación.

No así a Guadiana,

no así a Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas,
que todas se soltaron a llorar
con inconsolables diluvios en miniatura
que develaban
el desmesurado volumen de su pena.

Hay quien dice que si se clavase una daga
en el pecho de Merlín
no se descubriera el corazón,
sino sólo una oquedad
colmada por un vacío de la forma y el volumen
del órgano extraviado.

Pero esto está tan lejos de lo cierto
como la primicia y el fin de lo infinito.

Si pudiera escudriñarse
el pecho de Merlín, descubriríamos
que tiene corazón, venas, arterias,
sangre y una pizca de piedad
por el que sufre en demasía:

para evitar, piadoso, que el mar de lágrimas
continuara salpicando a diestra y siniestra,
Merlín transformó a Guadiana en el río
que tiene su cuna en la cueva,
según la fe popular,
y que, a lo que sabemos,
debe su origen al sauce llorón
del escudero de Durandarte...
y trajo el violento cambio de Ruidera y su familia
en lagunas barajadas en distintos puntos del llano
-lugares donde se dice
que en realidad nace el Guadiana-
y que la mutación las dejó sin cuerpo,
sin faz, sin pupilas
pero no sin lágrimas, suspiros y sollozos.

Expresó Montesinos:

“En una época

Guadiana, escudero de Durandarte,
y la dueña Ruidera, en unión
de sus siete hijas y dos sobrinas,
estaban entre nosotros
desde los días aciagos
en que lo sobrenatural hincó sus dientes
en los seres ordinarios que fuimos,
como parte de la población caballeresca
de la gruta,
y lo hacían en persona,
seres de carne y hueso,
individuos que cargaban sus actas de nacimiento
bajo el brazo;
Pero Merlín sumó al primer embrujo
-la presencia de los encantados en uno de los andurriales
de su portentosa magia-, otro:
al inicial sortilegio de reunir el mundo
de la andante caballería,

y también a Guadiana y Ruidera,
bajo el suelo -para que no fuese barrido
por el duro ventarrón del devenir
que lanza las cosas, una a una,
al horno crematorio del olvido-.
aunó la metamorfosis de Guadiana en un torrente
y a Ruidera y sus hijas y sobrinas
en lagos y lagunas”.

Añadió Montesinos: “Guadiana,
el escudo viviente
y la muralla personal
del muerto-vivo,
como viera correr tanta sangre,
tanto lloro,
tanto líquido
en la batalla,
con el encantamiento primero

y la metamorfosis después
gestados por el desconocido e indescifrable
cerebro de Merlín,
se embarcó sin dificultad en el ser lloroso,
cantarino, semoviente,
y en perpetuos amoríos con la prisa,
de su propia dilución hidroparlante.

“Y pienso que así como el nadador,
administrando sus respiraciones,
sabe sumergirse en el agua por un momento,
y luego salir a la superficie
a saborear con deleite,
con el paladar de los pulmones,
la ambrosía del oxígeno,
y hacer este doble movimiento
las veces que desease,
con el permiso o no de la fatiga,

el río Guadiana,
habiéndose gestado en la cueva de Montesinos
en y por los tejes manejes brujeiles
que ya conocemos,
sale de pronto al medio ambiente
de céfiros arremolinados
y estrellas deletreando el infinito,
y, como si braceara en el polvo,
guardando la respiración,
vuelve a sumergirse en la tierra
para resurgir después a ras del suelo
y dejarse admirar por los humanos
sin que su carácter parmenídeo de espejo
le quite su afán heracliteano
de ser la más húmeda metáfora del devenir,
y hacer esta doble acción
las veces que le venga en gana
con el permiso o la negativa

de madre naturaleza.

El río Guadiana se tornó tan avanzado en sus afanes
que el golpeteo de sus linfas
puede ser traducido como: 'adelante',
'libremos nuestra carrera de obstáculos
al paso, el trote y el galope',
'nada de meter reversa
y hacer un confuso acoplamiento
de futuro y pasado'
'arre mis aguas, arre'.

"No conoce de fronteras, ni de aduanas,
ni de salvoconductos
y, cual glorioso intruso,
se mete sin pedir permiso en Portugal,
como lo hace el orgullo con las interdicciones
vengan de donde vengan,

con la decorosa ilegalidad de su torrente.

Allí cambia de ropajes, costumbres,
estados de ánimo, colores, sabores,
amoríos

y empieza a balbucir las primeras palabras
del portugués”.

Don Quijote continúa:

“Montesinos le dijo a Durandarte,
subiéndose al carromato de la exageración,
que ante su presencia estaba nada menos
que ***yo mismo***,
el ingenioso hidalgo
capaz de enmendarle la plana
al más pernicioso salteador de caminos
de lo meramente natural,
quien podría desencantarlos,
retroceder el reloj,

colonizar porciones importantes de lo ido,
volverlos al pan nuestro
de a veces sí y a veces no
de lo sencillamente cotidiano”.

“Durandarte añadió que si tal no ocurriera,
que si este caballero andante
no fuese capaz de desenredar
el apretado laberinto de este **ñudo**
-porque sólo los magos podían
desfacer hechizos,
y yo estaba lejos de serlo-,
qué importaba ya que
“cuando así no sea,
¡Oh primo! Paciencia y barajar”.

Quería decir: saberse
en los cuatro muros del “*ni modo*”

o del “*no hay de otra*”

y continuar la brega en los andurriales
del encantamiento. Resignarse.

Resignarse ante el destino embrujado
que les cayese, no de arriba,
o desde el dedo índice de la fatalidad,
sino de los conjuros de Merlín,
y continuar el juego,
el devenir en llamas de la vida”

Don Quijote agregó: “a través del cristal
de una de las paredes
-que no tenían más cortinas
que las, minúsculas y caprichosas,
de los parpadeos-,
vi una procesión de mujeres.
Aunque quizás eran las damas de la corte
de Belerma,

a mí me pareció
un manojo de mujeres de luto
tarareando un requiem monódico
del que caían goterones de congoja
donde abrevaban cuervos, grajos
y todo tipo de **aves noturnas**.

Diríase un grupo de plañideras
que no emitían un lloriqueo gregoriano
sujeto a cánones, sino que,
en las tierras fértiles de la improvisación
tañida en el arpa de las venas,
arrojaban a la partitura de lino de sus pañuelos
las notas musicales de su llanto,
permitiéndole a su boca
entonar la cantata, con graves que son sollozos
y agudos que son gritos,
para honrar a Durandarte.
Atrás iba Belerma, cuya beldad

-¿quién se atreve a ponerlo
al filo del barranco de la duda?-
era famosa en todo el mundo
de las andantes caballerías”.

Por obra y gracia de Merlín
o tal vez por la parte diabólica
que ocultan las regiones
más lúgubres de su arbitrio,
el rostro de Belerma, que gestase
en un arranque de feliz creatividad
naturaleza,
despertaba hoy en el público
sentimientos encontrados,
esgrima sin victoria.
Como el reloj le enmendase la plana
a la juventud,
el perspicaz contrapunto de su semblante

había pasado a segundo nivel,
a música de fondo,
casi casi imperceptible,
ante el protagonismo de una disonancia
(producida por los dientes ralos,
la nariz algo chata,
el color venido a menos
y las ojeras rascando la negrura)
que robábase el espectáculo
convirtiendo la armonía de las facciones
-música amaestrada por el ruido-,
en el rumor inaudible del silencio.

Sostenía en el hueco de sus manos
el corazón de Durandarte,
con un extra de palpitaciones,
como nido de un cóndor que arribara
a la eternidad de su propia agonía.

Montesinos asentó:

“Antes de ser encantada,
la donosura de Belerma
iba de boca en boca,
de envidia en envidia,
en y por el atareado correo
de la paloma de la celebridad.

No había río, mar, distancia
que detuviera el vuelo de su nombre
hasta cubrir todos los litorales
de la ubicuidad.

Hasta era posible hacer la comparación
-sin caer en el vulgar desorden de la lengua
del disparate- con la **fermosura**
de la sin par Dulcinea del Toboso”,

“¿Cómo es posible, dijo **Sancho** a **Don Quijote**

-con cierta socarronería
rascándole la lengua-
que **vuesa** merced, mi amo,
haya permitido que alguien
pusiera a jugar a las vencidas
-ese duelo en lo cortito-
una beldad humana, por encantadora
y encantada que se encuentre,
con la lindura sin par de mi ama Dulcinea
que ciñe con elegancia sobre sus sienes
la corona de lo supremo?”

Sancho nuevamente: “¿por qué mi amo no castigó
o puso en su lugar al tal Montesinos
cuando dijo que la amada de Durandarte
era más **fermosa** que Dulcinea?”

Don Quijote respondió que, pese a su enojo,
hay que tomar en cuenta que

“todos estamos obligados a respetar a los ancianos”.

“Los viejos, añadió, que llevan su sabiduría al hombro,
deben servirnos de brújula,
de faro que entrega al navío en alta mar
jirones de futuro,
y si quieres aprender de ellos
hay que ubicarse,
en la primera fila de la atención,
para ser todo oídos
ante el monólogo de recuerdos y experiencias
que brota en voz baja de su cayado”.

La comparación fue obra
del alcaide de la cueva,
no sin la turbia saliva del escrúpulo.
Don Quijote dejó en claro que tanto lo irritó
el símil de Montesinos
de una belleza con otra,

que entre sus manos se insinuó el impulso
de extraer la cólera de su funda
para saldar cuentas con quien confundía
una de las muchas y diversas copias
del ideal de lo bello
-aunque los amanuenses fueran
Zurbarán o Juan de Juanes-,
con una fermosura, como la de su Dulcinea,
sin pecado estético concebida.

***Don Quijote* intervino: “Cepos quedos”¹
“que ya sabe, señor don Montesinos
que toda comparación es odiosa,
y así no hay que comparar a nadie con nadie”.**

Montesinos volvió los ojos hacia abajo
para medir el errado vericuelo de sus huellas

¹ estese quieto.

o su metida de pata.

Y con el “mea culpa” golpeando las paredes de su boca, profundamente arrepentido, balbuceó:

“Perdóneme vuesa merced;

que yo confieso que anduve mal”,

Y prometió no andarse en comparaciones ni preguntar con tamaño descuido a la balanza sus opiniones de peso.

El triste aspecto de Belerma

no se debía al ***“mal mensil,***

ordinario en las mujeres”,

sino a las malas noches,

los glóbulos oscuros chapoteando en sus venas,

y la aflicción andante por la gruta

sin un solo milímetro de lecho

para el reposo.

Los dos grupos de mujeres que la seguían
eran, recordémoslo, sus sirvientas y de Durandarte,
tan encantadas y fuera de sí

como su *“malferido amo”*

y su descolorida señora.

Ellas tampoco tenían que pagar

las bermejas mensualidades

debido a que, en este extravagante mundo,

el tiempo, en relación con los humanos,

era víctima de extrañas descomposturas

y abollamientos

en verdad sorprendentes:

nadie rendía tributos a la muerte,

ni llegaba a tutearse con su postrer suspiro,

y, desde por lo menos quinientos años,

el afilador era guardián del reposo a pierna suelta

de la guadaña.

Pero también ninguna mujer

había parido,
ninguna se había dado a luz como madre.
No hubo quien viniera a inaugurar
su atmósfera privada
con su primer mendrugo de aire entre los dientes.
Ninguna de las señoras había aumentado,
ni estaba en su poder hacerlo,
la estadística demográfica de este país de embrujos
con una cifra llorosa,
de brazos,
que, tras de nacer, buscara,
entre los juguetes de su nuevo mundo,
los deliciosos pechos de su madre.

Panza y el primo expresaron sus recelos
sobre los tres días y sus noches que Don Quijote
dijo que pasó en la gruta
-cuando no había sido sino una pequeñísima

media hora con patas de liebre-
y que en todo tiempo estuvo
con los ojos y la razón abiertos
en la enorme cavidad enterrada
que al tener, para uso propio, un sol subterráneo,
insistía en colocarse en el cenit para iluminar
el completo inventario de lo habido y por haber
en este mundo de encantamientos,
y una noche estrellada donde el insomnio
era la eminencia gris de lo que se hace o se destruye.

Tres días en los que no comiera,
en los que no empinara el codo
hasta hacer una granada del gollete,
ni se sintiera con la necesidad
de cumplir la ley imperiosa
de las aguas menores
y mayores.

El cuerpo, en relación a esos sus menesteres,
cayó durante todos los días
en la más profunda de las ensoñaciones
y no intentó nunca levantar la mano
o la lengua
para pedir su vulgarísima palabra.

El escudero piensa que su señor se halló
montado a dos piernas en la cauda
de la cometa de la fantasía,
y no supo que andaba en el lodo, las piedras, la humedad
que dicen de lo cierto
sin las alteraciones enfermizas de la ilusión.

Pero quizás los encantamientos son contagiosos,
tal vez no es posible continuar siendo uno lo que es
ante su epidemia,
su morbo que vuela de flor en flor,
por eso Sancho introdujo en la plática un refrán
que venía al caso como anillo al dedo:

“dime con quién andas: y te diré quién eres”.

El devenir, esclavo del ser,
cambia de carácter al tronido de dedos
de lo real.

No es lo mismo esperar que ser esperado.

Ni “el que espera desespera”

que quien “se lleva a las patadas
con la puntualidad”.

No se iguala la puntualidad del que quiere
a la del que es querido.

No se parece el tiempo en cámara lenta
del cansancio
al desbocado de la diversión.

El devenir, cronómetro de la materia,
es una galería sin límites de formas,
cuerpos,
gajos de toronja,

caracoles preñados de humedad
y salada infinitud.

El tic tac de su ritmo
difiere de un lugar a otro
-como distintos corceles
jineteados por el viento-,
cada trozo de mundo
tiene su propio reloj.

Los relojes hablan diferente idioma
y repudian el pretendido don de ubicuidad
del esperanto.

Una cosa es el reloj de la cueva
-allá en el inframundo portentoso-
y otro el que palpita al ras del suelo.

El “primo” no pudo tragarse los signos de interrogación
que se le atragantaban en su boca

y preguntó al caballero
si él comió algo en el interior de la gruta
-aunque fuera un sorbo de néctar
o un mendrugo de ambrosía
o, lo que es mejor,
un “sopear” en el néctar la ambrosía-
y si, en general, toman alimentos
sus embrujados personajes.
Don Quijote responde que,
en el tiempo que pasó bajo tierra,
no supo de probar bocado,
su estómago no dio señales de existencia
ni el hambre forzóle a clamar
“esta boca del estómago es mía”
y que, en fin, Montesinos y camaradas
no comen. Sí, no comen.
Ni ascienden al paraíso chupándose los dedos.
En estos lares, nadie se desayuna

jugo de naranja o de toronja,

“duelos y quebrantos”

o un jarro con leche calientita

que se resguarda del frío

con la dulce pañoleta de la nata.

Allí ignoran el clamor,

que surge de los impulsos,

de llevar a la boca los mil deleites

que saben preparar,

en las cazuelas del fogón y los carbones,

los alquimistas del placer.

Don Quijote respondió también al “primo”:

“Nadie, en los 500 años que han pasado los pobladores

del sortilegio subterráneo que he visto,

ha comido nada,

ni siquiera una gota de miel

-una lágrima endulzada por el goce-

adherida a la punta de la lengua.

Pero tampoco nadie, en los 500 años que dije,
se ha visto en el apremio
de poner sus vergüenzas a la intemperie
y entregarse a la antítesis prosaica de almorzar
que, ofendiendo al olfato,
se esconde, cual *mea culpa*,
en los sitios más recónditos de la intimidad.
Los encantados no comen ni descomen:
pero les crecen las uñas, las barbas y los cabellos
-últimas actividades en rendirse
a las voces de mando de la guadaña-
ya que si crecer es forma elemental de vivir
del que come, devora milímetros
y encarna poco a poco su futuro,
estos personajes,
tras de arrojar al pretérito los bagazos
de su anterior medida,
son una mezcla de vivos y de muertos,

de prójimos sepultos y no,
de fantasmas descarnados hasta el punto
en que una terca porción de sus seres
continúa en amoríos con el tiempo.

El “primo” preguntó también
si los encantados se rinden a Morfeo.

Don Quijote respondió:

“que no,
que no duermen.

Por más que los busqué
no hay lechos o jergones
a lo largo y a lo ancho de la cueva.

El insomnio no es aquí una enfermedad.

Nadie recuerda el sentido del vocablo ***almohada***.

Las ropas de dormir son obsoletas,
prendas de museo.

Todas las noches pásanse en claro.

Las pestañas sirven sólo para espantar las moscas.
Los pobladores de esta caverna
no se ven obligados, para qué hacerlo,
a pegar ojo para abrir la ventana
de la fantasía y columbrar tras ella
el baile enloquecido
de una imaginación desbocada,
porque todos se encuentran entre las insomnes brumas
del encantamiento”.

Montesinos le mostró tres labradoras
que iban saltando, como cabras, por aquellos lares.
“Una de las tres, se regocija don Quijote,
no podía ser otra que Dulcinea del Toboso,
la dueña de todas y cada una de mis palpitaciones,
enajenada en este sitio como todos lo demás,
y las otras dos las campesinas que hallamos
a la salida del Toboso”.

“La diferencia de ella y sus amigas labradoras
-pensaba para sí Don Quijote-
es la que existe entre la música de verdad
y el mediocre tintineo de la palabra música”.

Don Quijote preguntó a Montesinos
si conocía a esas granjeras.

El anciano dijo que no.

Pero que él imaginaba

“que debían ser algunas señoras principales encantadas”

como la reina Ginebra y su dueña Quintañoa,

quienes escanciaban vino a Lanzarote

hasta orillarlos a papar las moscas de su pantomima.

Después de oír esto,

Sancho Panza, del que se precisa decir

que era dado en veces a sostener

“bellaquerías detrás de la puerta”,

no atinaba si perder el juicio
y morirse de tristeza con la mentira de su amo
o morirse de risa al ver
cómo lo que había inventado
sobre Dulcinea del Toboso,
su amo aceptábalo sin chistar,
a pies juntillas,
como verdad caída del cielo.
Pensaba además con desazón que la credulidad
del último de los caballeros andantes,
convertía a su “cerbelo” en barro dócil, mórbido,
donde eran esculpidos mundos irreales,
absurdos,
provenientes no sólo de la literatura caballerescas,
sino de los embustes escuderiles
que su señor -como si aún anduviese
en las andaderas infantiles de la ingenuidad-
tenía por verdades de tomo y lomo

sin que la menor duda
tomara el altavoz de una palabra.

Después de oír todo aquello
y, sobre todo, lo de Dulcinea y las labradoras,
Sancho Panza caviló si Don Quijote
nuevamente no estaba en sus cabales
y, ensalivando sus decires con la persuasión,
dijo: “deje, mi amo, de pensar en ese mundo
devorado por la tierra,
donde empuñan el cetro
la insensatez y el disparate,
donde la lógica no halla
un poro del espacio en que respirar
y donde, entre tantos palacetes,
mármoles y alabastros
no hay un *colegium* en que se impartan cursos
de realidad.

Mejor sería que se hubiese quedado aquí
con los pies en la tierra
para airear la materia gris de sus cogitaciones
y volver a soltar a cada paso
esas lindezas de sabiduría
que sólo sabe ensartar *vuesa* merced
y aderezar nuestro cacumen
con los consejos que hacen de su boca
relicario de sensateces”.

En preguntando Don Quijote a Montesinos
si conocía a las tres muchachas
-entre las que iba Dulcinea-,
Montesinos dijo que no.
Que eran de otros rumbos
y de reciente ingreso
en este ignoto mundo que tenía
como diseñador, arquitecto y albañil

al mago de la corte artúrica,
y del que él, Montesinos, fungía como alcaide.
Pero que tal vez llegaron para formar la corte
de las damas principales -como la reina Ginebra
y su dueña Quintañoa-
que sufrían de embrujamiento desde hacía muchos
siglos.

Como Sancho no olvidaba
“la verdad del fingido encantamiento de Dulcinea”
pensó perder la razón, arrebatado por el huracán
de dislates que golpeaba su cabeza
o desternillarse de risa hasta morir con los estertores
del último suspiro.
Y acabó por concebir que su amo estaba
“loco de todo punto”.
Añadió entonces: “Este lugar *húmido* bajo los pies
es como la playa

que, tras un ventarrón fortísimo,
luce desesperadas palmeras,
muy muchos individuos descocados,
o, viendo a Don Quijote,
a lo mejor es, ay, uno tan sólo
que, desde el nefando día
en que, tras de empacharse
con insanas e inquietantes lecturas,
padece en el *cerbelo* el tumor de los delirios
trashumantes, falsamente bienhechores”.

Se apalabró con su amo:

“según mi muy personal punto de vista,
soltóle, el tal Montesinos, al inicio del descenso,
le contagió la locura
-que sin duda ha de ser muy infecciosa
a los niveles de profundidad en que se hallaban-
y en mala hora decidió *vuesa merced*

bajar hasta el mismísimo infierno”.

Don Quijote, al escuchar lo último,
se acercó al oído de su escudero:

“Pecas mucho, Panza,

en equiparar con el tártaro

la cueva de Montesinos

-que puso ante mis ojos

un haz de maravillas

que exceden a las siete-;

es como comparar un adefesio

que ni siquiera carga en el rastro de huellas que va dejando

su fe de erratas

y sufre los castigos de su expulsión

de las provincias de lo bello,

con la **idea** de la **fermosura**

de la que **fabla** el pleclaro discípulo de Sócrates

y maestro del *estagirita*”.

Pero Sancho insistió:

“Mejor estaba, mi amo,

aquí arriba, a ras de la cordura,

con su entero juicio y no *‘contando los mayores
disparates que pueden imaginarse’*.

“Abajo, añadió, hay tal vez un criadero de monstruos

dende que eran engendrillos sin dientes,

muertos de pavor,

enconchados en su propia cobardía

hasta ser lo que son:

vestiglos de temer, follones de persignarse,

o, mejor, un manicomio subterráneo

(aunque con sus huéspedes en fuga

de sus camisas de fuerza),

tropel de locos de atar

con el **cerbelo** hecho **ñudo**

y extraviado en su propio laberinto.

“En todo este reino no hay un solo átomo
donde pueda la conciencia tender su tienda de campaña
e iniciar su trabajo de difusión,
y aquí arriba, por contra,
si *vuesa* merced mi amo
no vuelve a las andadas, resucita
ese mundo de justas y caballeros
y le da rienda suelta al corcel desbocado
de sus fantasías,
puede ejercer al dedillo la profesión de la sensatez
y sacar punta a su lengua
para dar consejos a diestra y siniestra”.

Montesinos podría haber comparado a las muchachas,
por sus modales y sus decires,
aunque no por sus ropas y sus brincos,
con tres princesas,

ya que, los conocedores de preceptiva,
asientan que los símiles y metáforas,
-esos imanes para atraer
las más singulares piedras preciosas-,
han de hacerse “hacia arriba”
y no “hacia abajo”;
no ha de decirse,
refiriéndose a los astros,
constelación de cocuyos,
sino, al aludir a aquestos animalillos,
parvada de estrellas.

Pero no hizo tal comparación
porque las señoras nobles no se viven,
como nuestras tres mujeres,
triscando como cabras
en los días de fiesta de su cielo,
con el obvio peligro,
ante la cruel sonrisa de la mala suerte.

de que se les caigan
las coronas, las pulseras y el decoro.

Don Quijote apuntó: “Sí, la tercera joven
era mi señora del Toboso.

Pero debo decir
que, aunque fue mi intención,
y mi avidez estuvo a punto de mudar mi cuerpo
en el rocín de mi alma,
no pude lograrlo
ni le **vide** el rostro.

Y no me fue dable **facerlo**
por dos enfermedades que contraje:
una de los pies, la otra de los ojos:
por una falta de juicio, creía que mis botas
estaban hechas de piel de liebre,
cuando su materia prima
fue caparazón de tortuga.

Y en cuanto al mal de los ojos,
al tener a mi dueña frente a mí
-aunque se extendía entre nosotros un infinito
que no podía medir por penuria de números-
me vino una hemorragia de miradas húmedas
que me velaron el punto de la atmósfera
en que anidase el portento.

“Una de las labradoras me pidió,
en nombre de Dulcinea, seis reales;
no pude dar a la campesina
sino cuatro, cuatro
que dieron cuenta y razón,
o tenían lo evidente de estandarte,
de que hablaban una diversa lengua
mi persona y lo material”.

Aunque Don Quijote

no solía cargar dineros en sus bolsas
o en las fardos de Rocinante,
ni monedas mayores o menores,
o sea que, las más de las veces, no llevaba
ni líquido, ni sólido,
y en esta ocasión traía unos cuantos morlacos
que le proveyera su escudero
para ayudar a los pobres que encontraran
en la “derrota” hacia la cueva de Montesinos
y “**desfacer el entuerto**” del hambre nuestra
de todos los días.

De ahí tomó la blanca
-que no lo era tanto por la vergüenza
de encontrarse tan disminuida-
que largó a la labriega para que la pusiese
en manos de su señora.

Y es aquí oportuno interrogarnos

¿por qué la más pura idealización de una mujer,
la sin par Dulcinea amada por el caballero,
andaba en negocios con la vulgaridad,
deslices con la prosa,
arrumacos con lo estrictamente humano?
Se diría, valga el símil, que esto era semejante
a ese fruto de esplendidez sin tacha
-con la forma y el perfume
a un dedo meñique de la perfección-
que nos devela una orgía de impúdicos gusanos
blancuzcos y babosos
al ser mondado de golpe por la navaja
que guía nuestro deseo
y el agua en la boca que nos lleva a saborear
el falaz provenir.

Montesinos hizo notar que:

“esta que llaman necesidad

*adondequiera se usa
y por todo se extiende y alcanza”.*

En los encantamientos,
como en el de Merlín,
¿rige el cuerno de la escasez
al que, a diferencia del de la abundancia,
sólo se le escurren trozos de vacío,
deudas,
intercambio simple de mercancías,
crematística?

En lo sobrenatural
¿hay salteadores de caminos,
alguien puede tratar de “embarrarnos la mano”?

En el más allá
¿hay hipotecas,
cajas de ahorro,
trajes que cargan en vez de bolsillos

alcancías?

¿Allí tiene sentido amenazar

al transeúnte con "**la bolsa**

(el cobre acuñado por la ruindad)

o la vida (hallarse en buenos términos con el oxígeno)"?

Montesinos habló de nuevo:

"también en la cueva

circulaban señoras de pasados siglos

como la reina Ginebra,

esposa del rey Arturo

y descendiente de Leodegrance.

Esta reina se hallaba en compañía

de Lanzarote,

de su dueña Quintañoa

y de un viejo e inseparable pecado

que, infiltrándose en su aura,

había sacado a trompicones de su sitio

al ángel custodio de su majestad
para montar guardia en sus orillas.

Se sabe: cada vez que una mujer prominente
le es infiel a su marido

-como Ginebra con Lanzarote,

o como Francesca da Rímini con Paolo-
hay fiesta en el infierno.

A semejanza de Ganímedes, “el garzón de Ida”,
copero del Olimpo,

Lanzarote escanciaba un vino a su señora
como para chuparse los dedos,

los mismos con los que,

en los remotos ayeres, la reina

sembró un ramillete de “nomeolvides”

en el corazón de Lancelot..”

Don Quijote estuvo tentado

a correr tras de su amada,

señora de su brazo, su corazón y sus insomnios,
postrarse ante ella
como lo hace lo relativo con lo absoluto,
o lo efímero
-que tiene las respiraciones contadas-
ante lo eterno,
sin narices ni pulmones
concebido.

Besar, si no la mano,
alguno de los ademanes
que dejara en la atmósfera.

Montesinos advirtió: “que no fuera tras ella,
como el lobo que pretende mordisquear a la luna,
que no se cansara, que sería en balde,
y convenía más bien ya salir del socavón”.

Don Quijote dirigióse a su señora

sin obtener respuesta,
como si sus vocablos fuesen intraducibles,
amarrados a su silencio,
como de otro mundo.
Antes bien le volvió la espalda.

Los delirios del demente
no son iguales a las historias
del mitómano.

Ambas son, sí, como dos gotas de agua,
pero una dulce y otra salobre.

Sus similitudes,
en el plano resbaloso en que se mueven,
se deslizan más hacia el punto
de las diferencias
que hacia el lado de la identidad.

Los primeros, urdidos desde la cumbre pelada
del desvarío,
y fungiendo como portavoces de inminentes catástrofes,
destruyen ciudades completas,
dan arañazos al cielo,
castran a los pegasos,
torturan a las nueve musas
y encarcelan a los aires sospechosos
de ser estrofas de canciones libertarias.

Las demencias, si se asoman al catalejo del optimismo
con la ilusión de ver el futuro en buenos pasos,
hacen plantíos de hierbas medicinales
para la angustia de las 12.30 de la noche,
perfuman a las víboras
para borrarles el pavor que generan,
construyen escafandras de buzo
para sumergirse en la profundidad de las aguas

con todo e intemperie
y deleitarse con el placer indescriptible
de buscar maravillas y tesoros
en los galeones encallados en las algas
o en una inesperada catedral sumergida.

Las segundas, las historias de los embusteros,
de esos individuos que llevan en los hombros
alforjas rebosantes de monedas falsas,
no surgen de la razón que se extravía
en el laberinto de las circunvoluciones
de su corteza cerebral
o de la imaginación que,
perdida en la magia del bosque,
se agarra a dos manos
del primer unicornio que se encuentra.
Es un cambio deliberado de las cosas,
una maldad edulcorada,

un acto de prestidigitación que da
círculo vicioso por el rodeo necesario
para hallar los escondrijos
de la certeza;
una construcción artificial
-que no deja en la cabeza del escucha
otra cosa que un asombro
en trance de delirio-
surgida de ciertos intereses del mendaz
que se cuida en esconder, bajo la túnica del silencio,
y las letras sometidas a suplicio,
el vínculo entre los títeres
-y el teatro o el teatrillo en el que actúan-
con su titiritero.

Todo esto viene a pluma
porque Don Quijote y su escudero,
tras de cabalgar,

en sus respectivos cuadrúpedos,
del capítulo XXII al XXIII de la segunda parte,
sucedió lo inconcebible.

Pero antes de proseguir,
y acarrear un mechero y su efímero día
para dar luz a este episodio de la obra,
conviene leer el nombre del capítulo XXII
que, formado por palabras enigmáticas,
corre así:

*“De las admirables cosas
que el extremado Don Quijote
contó que había visto
en la profunda cueva de Montesinos
cuya imposibilidad y grandeza
hace que se tenga esta aventura
por apócrifa”.*

¿Apócrifa quiere decir aquí
que de nuevo otro Fernández de Avellaneda
sacó a codazos de su escritorio
a Cide Hamete Benengeli
o, lo que tanto vale, a Don Miguel
y se puso de contrabando a escribir este capítulo?

No es probable:

lo posible no pudo hallar en sus entrañas
una sola escalera que le permitiese
subir a su florecimiento,
ni dar con el oculto pasadizo
para acceder a los aledaños
de lo indudable.

Hay que reflexionar

que todas las aventuras que se suceden en el Quijote
han sido “**contingibles y verosímiles**”
como dice a la letra el *manco de Lepanto*.

Aventuras que pudieron ocurrir
aunque el escéptico no deje de beber,
de la ubre de su bota madrileña,
el vinillo amargo
de sus dubitaciones.

Estos sucesos no son, lo dejo en claro,
chivos en la cristalería del sentido común
-con sus bemoles, sí, pues cómo hacernos
de la vista gorda-
pero sin antipatías profundas
o hiatos abismales
con las reglas de tránsito
del logos aristotélico.

El propio Panza...

Pero los sucedidos del ingenioso caballero
en las entrañas del antro
no imbrican la menor sospecha de verosimilitud.

Aceptémoslo así: no lo imbrican.
Son tan increíbles como si a una pluma falaz
le diera por decir que,
al repicar de una demente campana,
un día llovieron desde el mundo sublunar
joyas y gerifaltes
o, lo peor, que cierta vez,
quizás furiosos por la tala de sus parientes,
incluidos los más pobrezuelos,
hubo un levantamiento armado
de los árboles del bosque.

Las cosas se complican más aún
si tomamos en cuenta
que Alonso Quijano o Quesada,
y más aún el Quijote campeador,
era incapaz de engañar,
de decir “esta boca es mía”

cuando las mentiras lo intentaban seducir:

todo embuste le narcotizaba

las cuerdas vocales

y producíale una tos de nunca acabar

que lo llevaba a escupir letras, sílabas

y tildes amargas.

Él, además no pudo hilar y tejer en tan poco tiempo

-sólo unos granos de arena en el reloj acinturado-

“tan gran máquina de disparates”,

como confiesa don Miguel en su obra,

que bien pudiera llamarse

“camposanto de los libros de caballerías”.

Él, válgame Dios, no pudo.

Y a decir verdad, esta aventura en la cueva

parece, qué duda cabe, jalada de los cabellos,

traída de las comarcas del desvarío,

apócrifa como lo sentenciara Cervantes

y se precisa repetirlo

si es que la franqueza y la honestidad
llegan con las manos juntas.

Y así, sin afirmar que es verdadera o falsa,
la escribo -como el propio Cervantes-
para que tú, lector, y nadie más que tú,
haciendo de fiscal y de defensa,
pero con el cuidado de no ser,
si es posible, juez y parte
-y permitir que el viento agusanado del prejuicio
arrastre a la imparcialidad-,
juzgues si lo que pasó en la cueva
son los delirios de un demente
o las historias de un mitómano.

Pero hay algo más que decir
-y esto nos arroja a la tierra movediza
de la mayor de las perplejidades-

y es que se tiene por certeza indiscutible
que, a su fin y su muerte,
al transmudarse en Alonso Quijano el Bueno,
Don Quijote **“se retrató”**
de la aventura en la cueva de Montesinos
y dijo que la había pergeñado
porque cuadraba bien
“con las historias que había leído”,
lo que nos mostraría, de ser cierto,
a un Prometeo encadenado
por las sogas serpentíferas de lo mendaz.

Pero, ay de los ayes,
como también podría suponerse que la versión
de Don Quijote al final de su existencia
-y teniendo a sus deudos por escuchas
y a la almohada como cura confesor-,
quiso paliar los extremados disparates

de su descompuesta fantasía,
con la “disculpa”
o la ocurrencia salvadora
de que no eran sino una sarta
de mentiras deliberadas:
si Don Quijote no podía faltar a la verdad,
sí podía hacerlo, por qué no, Alonso Quijano.
Y todo queda pues en la más caliginosa oscuridad,
negra como cerrar los ojos en la noche
o como si el deseo de saber,
el *fiat lux* de nuestras cogitaciones,
sufriera un inesperado
corto circuito.
Y la verdad categórica, insobornable,
se escondiera en el allende
del parpadeo voraz de las miradas
o séase en la esencia,
mientras nosotros,

los lectores,
a quienes se encomienda el final enjuiciamiento,
no nos es dable emitir más que sentires,
opiniones, puntos de vista
-aquí, en esta menesterosa intemperie
donde bullen y retozan las apariencias-
que, confundidos con la basura,
no tienen más porvenir que la de ser
arrastrados por el viento.

Ciudad de México, a 5 de noviembre de 2016